

## Edmundo Valadés: 50 años de *El cuento* y 75 años del narrador

Jorge Ruiz Dueñas

Escribir es (...) hallar ese mundo con otro tiempo y otro espacio donde se puede respirar plenamente, embriagarse en una libertad que no tiene más límites que nuestra propia responsabilidad, pero que es totalmente desinteresada.

E. V.

**B**ien sabemos que todo sino humano es obra del acaso. No obstante, las más de las veces es imposible dejar de percibir en algunos destinos una lógica profunda que rige este azar. Especialmente en éstos cuya tarea parece predeterminada por lo firme de sus metas y la consistencia de sus caminos.

Tal es, ciertamente, el caso de Edmundo Valadés, con quien conmemoramos ya los 50 años de su revista *El Cuento*. Ésta, su creación, ahora que celebramos el 75 aniversario de su natalicio, se confirma como su destino.

Referirse a Edmundo Valadés implica reconocer la feliz coincidencia del logrado escritor y el importante animador de la cultura. Ambas labores son en Valadés tan significativas que no pueden separarse una de la otra. La publicación ha constituido una presencia constante en su vida y ésta ha sido ese prodigio de transparencia que ha permitido que *El Cuento* se consolide como un proyecto independiente, construido sólo con entusiasmo y amor a la literatura durante medio siglo, sin teñirse de prejuicios ni preferencias personales.

Promotor de nuevos valores, Valadés nunca ha sucumbido a la tentación de utilizar su publicación como plataforma de promoción ni aun cuando, retomado el proyecto después de una pausa, en los años sesenta, contaba ya con una larga y fecunda experiencia como periodista y narrador.

*El Cuento* ha cumplido desde sus inicios una doble función: difundir el necesario material de lectura para generaciones ávidas de expresarse y acoger los nuevos materiales de las letras nacionales. Sin ninguna duda, *El Cuento* ha sido el necesario espacio, abierto siempre al talento y a la creatividad.

Por lo demás, esas páginas aparecieron

en una época en que la oferta literaria en nuestro país se veía aún restringida. La revista nace en una época singular, de presagios sombríos para la humanidad y un futuro incierto. 1939 es el año de la invasión alemana a Polonia, el de la derrota de la República Española y, para México, el de un ambiente internacional deteriorado y tenso, producto de la expropiación petrolera.

En el ámbito cultural el impulso cardenista había generado un movimiento plasmado en inquietudes como la de Valadés. El estímulo de la publicación fue importante para los jóvenes, y lo fue también la fidelidad atenta de su director a las generaciones precedentes y a las figuras universales. La variedad de los materiales publicados y la constancia en la cuidadosa selección de los mismos, proponían un riguroso modelo intelectual de la mejor tradición.

En aquel México de hace medio siglo en donde había mucho y muy urgente que construir, este proyecto cuya idea era propiciar la creación y convertirse en un taller de lectura, fue decisivo para afinar la formación de los escritores que cada generación trae consigo.

La revista, concebida como un proyecto independiente en un medio acostumbrado a que casi todas las tareas artísticas y culturales fueran de la exclusiva competencia y responsabilidad del "Ogro filantrópico", hubo de desaparecer; esas circunstancias no le fueron propicias. El proyecto, sin embargo, no fue abandonado. En la década de los años sesenta volvió a surgir como una empresa personal que busca, aún ahora, sostenerse mediante el interés de sus lectores.

En este segundo aliento la publicación se fortaleció. En ella se cultiva de nuevo un género clásico de especiales características que no admite ninguna indolencia, ningún descuido. Éste, bien lo sabemos, requiere gran capacidad de comunicación: se ancla en el lenguaje dirigido siempre a ese pequeño campo en el que se juega la plenitud del texto, un lenguaje que conmina al rigor y a la firmeza del trazo.

Cuando Edmundo Valadés retoma la edición, es ya un escritor maduro que ha frecuentado exitosamente el periodismo. Su prestigio se había consolidado con la obra *La muerte tiene permiso*. El cuento que da título a ese libro, es un clásico que ha merecido ser incluido en numerosas antologías. Desde entonces, el escritor no se contrapone al promotor de la obra de otros; no hay barreras entre el creador y el editor. Ambos oficios son desarrollados con igual esmero y dedicación.

Así, Valadés ha cultivado el cuento —en el exacto sentido de la palabra— de manera tan natural como vive. Otras colecciones como *Antípoda*, *Las dualidades funestas*, y *Sólo los sueños y los deseos son inmortales, palomita*, lo prueban. Su producción se centra en personajes de la vida diaria, como los de John Cheever: hombres y mujeres comunes que se preocupan demasiado o que envejecen muy de prisa. Valadés sabe que lo fantástico es precisamente lo cotidiano y que la magia se encierra en cada día vivido. Su prosa es a la vez lírica, exacta y evocadora. Con sus propias palabras podríamos afirmar que cumple, sobradamente, con la tarea que él mismo asigna al escritor definido como "el historiador del alma humana y sus conflictos".

Con un universo literario rico y variado, se asienta en su época y en el tiempo que vive. Como creador forma parte del mismo mundo de sus creaciones, se nutre de él; pero hay además una gesta, un espectáculo caótico, disociado y confuso, dentro de otros personajes que viven en todos los hombres y mujeres sin atrevernos a reconocerlos y a quienes Valadés ha dado forma con los recursos de su narrativa: la intensidad, la rapidez y la síntesis. Como Augusto Roa Bastos ha dicho de él, patentizando nuestra segunda piel que sus cuentos desnudan: "uno los lee como lección de experiencia vivida". Pero, ¿acaso la literatura ha pintado otra cosa que no sea la vida privada, real o ficticia?

"Escribir es también un coraje, un arrojo, una cálida y ansiosa desesperación por poder transmitir el reflejo de la realidad o el sueño acumulados en la conciencia (...)", dice Valadés, porque, poseedor de recursos literarios vastos y esenciales, comunica en cada personaje la angustia oculta detrás de la supuesta impenetrabilidad de cada una de sus criaturas; si bien, como narrador, no parece establecer distancias entre ellas porque él forma parte del mismo mundo en el cual las ha colocado. Aun en el relato en tercera persona, Valadés no se coloca encima del tiempo como un observador neutro o impersonal; en muchos casos efectúa en su narración un análisis interno que quizá sólo puede hacer sobre sí mismo. Como Proust, a quien Valadés estudia en un importante ensayo, lleva a cabo un análisis introspectivo.

Así, cuando se acude a un texto de Valadés se descubre en forma directa e inusitada la historia detrás de la historia que bulle en él, y que, sin ambages, se revela con procedimientos narrativos donde no pierde de vista su materia básica, la palabra, el

idioma; esa capacidad de comunicación humana donde se juega la partida.

Si se buscan algunas de las claves sustanciales de su narrativa, salta a la vista su toma de posición frente a la irrealidad y la vida. En otras ocasiones he comentado algunos de sus relatos en términos que creo válido refrendar. Así, "La cortapisa" nos hace evocar el despertar sexual que rememora la inquietud adolescente con el mismo vigor trazado por Joyce en un pasaje de *Dublineses*, donde vemos una ordenación y una obediencia de los instintos naturales básicos descritas con tal precisión de senti-

mento a la burguesía con tan insólito vocabulario y la complejidad de lo humano.

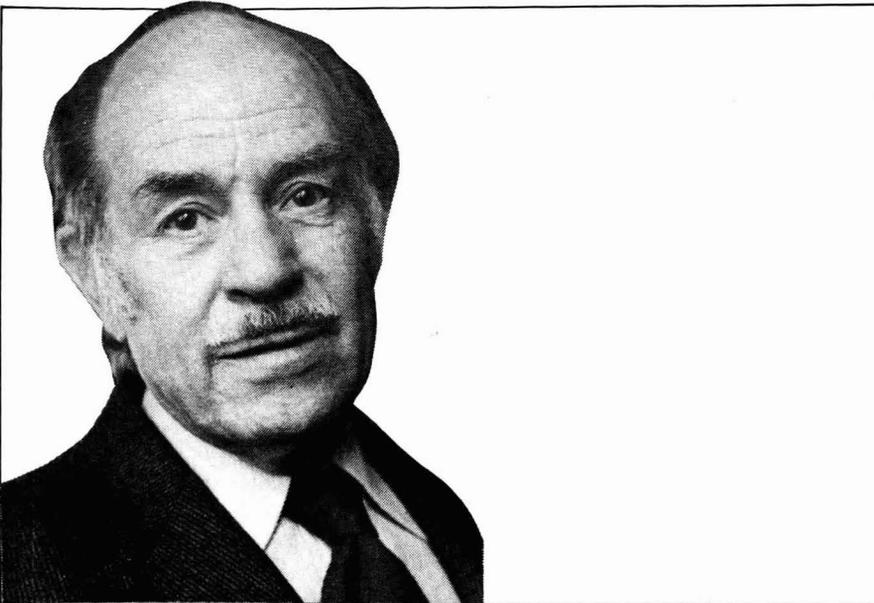
De alguna manera, el poeta como acusado, filicida-suicida, trae en "El cuchillo" la recuperación del viejo mito de la sombra viviente, del desdoblamiento inquietante—"Nadie, ni yo, sabe si ese hombre era la sombra de un hombre o yo mismo"—que vuelve a resurgir en "El crimen", "La marioneta", y "Fin": "¿Soy preso por mi crimen o víctima de un sueño?"

Si el flujo de la imaginación íntima, procaz, excitante y erótica, ha movido el pensamiento trágico que sobreviene a toda in-

terpretación de espacio y tiempo interponiendo al creador y al creado, para reflejar una misma soledad humana con la que en la densidad del relato Valadés es solidario. En ocasiones—como en el monólogo de Molly Bloom—, Valadés también desata un alud de palabras sin los contratiempos de la puntuación y así, en ese efluvo, asociado o no, transcurre la escena de burdel y el traumatismo de la falta. Palabras que redondean una frase o se inmiscuyen con un sentido más semiótico que semántico, para saltar de la escritura automática de Breton al discurso de Beckett o al monólogo interior desde donde ilumina la lúcida embriaguez: "Tú eres, existes, vives. Eres la única realidad que no hace dudar"; y, entonces, la generosa entrega, el amor desconocido en un lecho placentero y previo al arrepentimiento y a la contrición en la soledad de sus jadeos, en ese minuto perdurable en que su nombre no importaba, salvo para aguijonear la certeza del rápido olvido en esa bienamada.

Atormentado por la inasible perfección, por las tareas que agobian y distraen del oficio, Edmundo Valadés se tortura en sus personajes y se reclama insistentemente: "Me sufro casi inédito". Y es que compartir el tiempo personal con las formas de la supervivencia es todavía en nuestro medio un drama compartido. Por ello, hace algunos años afirmé algo que deseo repetir casi intacto, pues lo considero más válido aún con el paso del tiempo. En esa ocasión me preguntaba cuántos hemos disfrutado de la amistad de Valadés, de la orientación precisa, incisiva, oportuna; de las horas, tardes, días, dedicados a un magisterio involuntario, dentro y fuera del taller literario, prescindiendo de un tiempo que, bien lo sabemos, siempre será hurtado a la obra personal. Ésta ha sido, quizá, su lección más constante y generosa.

Al reunirnos en estas páginas para expresar nuestro reconocimiento al amigo y al escritor, podemos decir como Marguerite Yourcenar a través de Adriano, que el elogio sólo sienta bien a los muertos, pues en vida la polémica siempre persigue a los hombres. Sin embargo, en este caso, creo que el elogio, hoy y siempre, le irá bien a Edmundo Valadés, porque nunca ha escrito una línea para enturbiar el éxito de los otros o para hacerles más amargo su fracaso. Él representa una conciencia libre invariable ante las circunstancias y el tiempo; su proyecto editorial confirma que enfrentarse a lo calificado como imposible es, justamente, el método más noble para el desarrollo del hombre. ◇



Edmundo Valadés

mientos que podemos reconocerlas como nuestras. Como afirma Walter Muschg en *La historia trágica de la literatura*: "En cada niño, la imaginación crea un ídolo erótico que es la esencia de todo lo que quiere ser y poseer".

En "La increíble" asistimos a una dimensión temporal desde una posesión onírica. Pero si esta narración habla del amor en el ensueño, el cuento lo describe como una conmoción. Parte de una explicación que se diría susurrada al oído, del principio edénico de la redención de la carne con un sugerido y fatal aniquilamiento, porque aniquilarla a "ella" es asesinar los sueños para que viva el presente posible, ahí y entonces, en forma de vientre, vellón, boca, escarceo, tacto, glándula, pecado, entraña, resurrección...

En "El compa", calificada como obra maestra por Antonio Castro Leal, Valadés incursionó, al igual que en "Rock", en la progresiva elaboración de un léxico vivo y peculiar haciendo proselitismo cultural para la verdad popular, provocando en su mo-

fracción moral, en "Rock", con nuevos estallidos verbales, se da vida a una escena de violencia atenuada merced a la creciente compasión de Valadés por los seres humanos. Por otra parte, a la manera del recuerdo de la escolapia carioca de Vinicius de Moraes, una niña dorada alborozada cualquier tarde en "Las piernas" y, con sus prodigios, retorna la esperanza al hombre abrumado por el recuerdo y la frustración.

Las transformaciones que el paso del tiempo opera en el mundo y sus personajes, uno de los cuales es el mismo escritor, están vigentes en "El extraño". Por eso, la nostalgia de la edad perdida y de la libertad, en la que el "yo" pasado repudia al "yo" presente, es quizá una de sus preocupaciones más recurrentes.

La épica moderna es la saga cotidiana del hombre por sobrevivir en la gran ciudad, con su dosis de frustración, angustia existencial, temor, deseos y compulsiones. Quizá por ello confiesa el autor, en "Los dos", se siente más cerca de la buscada verdad literaria. Hay en este cuento una in-